

ANTOLOGIA PIKAWAITER

VOL. 2



★ *vikachu* ★





**ANTOLOGIA
PIKAWAIIER**

Canal de Twitch: Pikawaii

Comunidad Pikawaiier

Textos correspondientes al “Club De Escritura: Halloween 2023”

Fecha de publicación del libro: 1/10/2024

Escritorxs de esta edición:

Nahuel Benitez, Abril Gonzalez, Leonel Espinoza, Bautista Maders, Vinddrom, Anónimo.

Diseño de tapa e interior: Vinddrom

Todos los escritos pertenecen a sus respectivos autores.

Club de Escritura de Vikachu

<https://www.twitch.tv/pikawaii>

ÍNDICE

DEBAJO DE ÉL

Nahuel Benitez.....

12

LA TORRE

Vinddrom.....

18

UNA CONEJA EN LA ESQUINA DE MI MENTE

Abril Gonzalez.....

24

ESPECULACIÓN DE UN ASESINATO NOCTURNO

Leonel Espinoza.....

30

EL FINAL

Bautista Maders.....

36

MI OSCURIDAD

Anónimo.....

40

NATOTARE

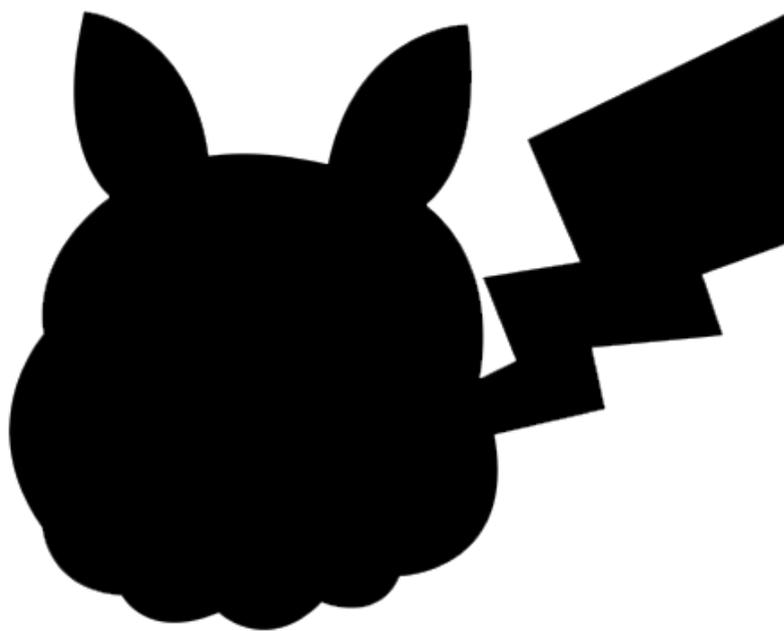
Vinddrom.....

46

EL MONSTRUO

Anónimo.....

52



PRÓLOGO

Antología Pikawaiier es un proyecto que surgió durante la apertura del primer taller de escritura en el canal de Pikawaiii durante Halloween de 2022. El Taller del 2023 se llevó a cabo el lunes 30/10 y contó con ocho lecturas a lo largo de toda la noche, donde también, llegado el martes, se publicó la primera edición de esta Antología.

El propósito de este libro es recopilar cada escrito aportado por el chat y ponerlos al alcance de todxs lxs usuarixs. Esta recopilación viene cargada de puro terror psicológico, donde lxs protagonistas de cada relato verán puesta a prueba su cordura, ¿enloquecerán? ¿sobrevivirán?.

Descubrílo en esta impactante edición.

Agradecimientos especiales a Pikawaiii por brindar este hermoso espacio, a cada miembrx del chat por aportar sus escritos y a las estimadas personas que lean este libro. Deseamos que disfrutes sumergiéndote en estas aterradoras e inquietantes lecturas.

Con cariño, comunidad Pikawaiier

ANTOLOGIA PIKAWALLER

VOL. 2





NAHUEL BENITEZ

DEBAJO DE EL



Teníamos una casa hermosa, en las afueras de la ciudad. Tranquila, acogedora, en un barrio sin mucho movimiento con algunos vecinos, pero que pocas veces cruzaba. Mi esposo tenía media hora de viaje, desde nuestro hogar hasta su trabajo en el banco. No necesitaba salir mucho de casa, más que para hacer las compras, para llevar a los niños al colegio. Teníamos dos niños, inteligentes, alegres, enérgicos. Hermosos.

No estuve convencida al principio de mudarnos a las afueras, creía que estábamos bien en donde estábamos, pero mi esposo insistió con irnos a un lugar con más aire fresco, con la oportunidad de tener un patio, de poder hacer comidas en la parrilla los fines de semana, de estar, de compartir más con los niños.

Me decía todo esto mientras sonreía, cariñoso, risueño. Sus mejillas tenían pequeños hoyuelos que se le marcaban cuando sonreía de manera genuina, sus ojos me miraban esperanzado. No podía hacer mucho, esa sonrisa era lo que me había enamorado de él, era esa sonrisa la que me daba la confianza para entender que todo iba a salir bien.

Empezó a llegar tarde a casa, cansado. Decía que el trabajo se estaba poniendo difícil, intentaba estar para él, intentaba reconfortarlo, contarle como había ido todo por aca, contarle anécdotas cotidianas, cocinarle su comida favorita. Pero cada vez estaba más cansado, más triste, más frío.

No puedo recordar cuándo fue exactamente, pero sé que esa noche llegó tarde, mucho más de lo normal. Lo estaba esperando. Ingresó a la cocina, dejó sus cosas en la mesa, caminó hacia mí, me beso.

Dirán que estoy exagerando, pero no era el. No estoy hablando de cuando tu estado de ánimo se altera, no estoy hablando de eso. Ese hombre no era mi marido.

No

Ese no era mi esposo. Era diferente, era distinto, no podría describirlo, pero estoy segura, ese no era mi esposo. Me miró, me sonrió, pero no era su sonrisa, no era ese gesto capaz de iluminar cualquier habitación, no era ese gesto de calidez que tantas veces amé de su parte. Lo que sea que era eso, sabía fingir muy bien su sonrisa, muchos dirían que es la misma. Dirían que es auténtica, pero yo sé que no.

Esa cosa fingía ser mi esposo, hablaba como él, se movía como él, tenía su voz, tenía el color de sus ojos, tenía su olor, tenía la forma de mirarme, sabía las cosas que me gustaban, sabía cómo se llamaban mis hijos, él lo sabía todo, lo fingía todo, pero esa cosa era un impostor.

Es así como empecé a evitarlo, no quería estar cerca suyo, no me importaba a qué hora llegaba a casa, no iba a cocinarle, no iba a besarlo. Yo veía sus máquinas, sus pequeñas repugnantes máquinas, caminaban alrededor de su piel, sus mecanismos internos fingiendo ser articulaciones, procesando la comida, imitando su voz, la forma en que llamaba a mis hijos, los invitaba a jugar en el comedor. Se quejaba, decía que los niños jugaban muy bruscamente con él, que estaba cansado.

Maldito mentiroso, tu no estas cansado, no puedes cansarte, no puedes ser el que hombre que conocí.

Me encerré en mi habitación, yo no quería que él se enterara, no quería que supiera que yo sé quien es en realidad. Escuchaba detrás de las puertas. Cuando estaba segura de que había bajado las escaleras, salía de mi habitación y escuchaba sus conversaciones desde su teléfono.

Recibía órdenes, hablaba con sus amos.

Y pronto empezó a darse cuenta. Trataba de hablar conmigo, pretendía fingir que estaba preocupado, decía que tenía que salir de la casa,

hablaba de salidas, de descansos, que los niños demandaban mucho de mí, que debía salir, que debíamos salir como antes.

Yo no voy a caer en tu trampa, yo no voy a ir contigo a ninguna parte, quien sabe que sucia trampa tenía preparada para mí.

Una tarde llegó temprano del banco, o donde quiera que estuvo todo el día Se detuvo a saludar a mis hijos. No podía hacer nada, quería apartarlos de él, pero los niños los adoraban, apreciaban cada momento que él estaba en casa. Decían que lo extrañaban cuando volvía del trabajo.

¡Dios! ¡¿Que podía hacer?! Él les pasaba sus diminutas máquinas a ellos, con sus abrazos, con sus besos.

Me encerré de vuelta, me quedé en mi habitación atenta. Los escuche hablar, lo escuche reír a él y a mis hijos.

¡Maldito!, los hacía reír, los hacía divertirse, quería quitar toda su felicidad, todo su amor, todos sus sentimientos humanos para convertirlos en máquinas igual que él.

Ayer dijo que estaba preocupado. ¿Está preocupado? Maldita máquina, tú no tienes sentimientos, no finjas que eres mi esposo. No tienes su sonrisa, no está su calor. Me da asco, me repugna. No quiero que me toque.

Dijo que pidió vacaciones en el banco, iba a pasar tiempo en casa, aún más tiempo en casa para cuidarme.

¡Mentiroso!

Tu lo que querías era convertirme en uno de ellos, era meter sus asquerosas máquinas dentro de mí. Yo lo se, vi como convertiste a mis hijos en réplicas, se como los controlas.

Y él lo sabía.

Mañana los niños, o lo que sean que fueran esas cosas, llegarán más tarde del colegio. ¡Estaré sola en casa con esa cosa!

Pero está vez no me voy a quedar encerrada en mi habitación. Si no hago nada él seguirá, convirtiendo a más personas, a los vecinos, a sus compañeros del trabajo. ¡Podría tratar de convertirme a mi!

Mañana, será el fin, buscaré la verdad.

Entró por la puerta, dijo algo sobre una cita con un médico, dijo que me llevaría. Que estaría bien. Quiere encerrarme, quiere quitarme del camino. Yo estaba en la cocina, se acercó por detrás mio, mientras yo cocinaba. Estaba fingiendo preocupación, estaba hablándome sin parar. Más mentiras, más palabras y sentimientos vacíos. Voy a desenmascarar a ese impostor.

Tome el cuchillo, este era el momento, era lo que había planeado.

Es increíble cuanto avanza la tecnología, cuán lejos había llegado todo. Sus máquinas, pequeñas, apenas visibles al ojo humano, brotaron de su cuello cuando hundí mi cuchillo en él. Imitaban el color carmesí de la sangre, su calor, su textura.

Cayó al suelo, observando con los ojos perdidos.

¡Ja, Estúpido! Yo gane, maldita máquina de mierda, se cual era tu plan, lo se todo, voy a descubrir qué cosa eres debajo de toda esa máscara.

¡Mi esposo! ¡Dónde está mi esposo! Gritaba mientras seguía hundiendo el cuchillo en su pecho, en su estómago, entre todas esas piezas y mecanismos. ¡No finjas que mueres basura! ¡Tú no tienes alma, tú no respiras, ahora ni nunca! .

Y ahí lo entendí, es una máquina. Las máquinas tienen un núcleo, tienen su centro eso que les da órdenes, aquello que los guía. Solo había un lugar en donde podría estar.

Debajo de él - Nahuel Benitez

Piel, ojos, nervios, cráneo, membranas, las máquinas imitaban casi a la perfección el tejido humano, pero ahí, en medio de todo ese mar de máquinas, en el medio de su cerebro, estaba ahí.

Lo que estaba buscando, ¡el chip!, eso que le daba órdenes, aquel que le permitía hablar con sus amos, ahí estaba.

¡Tenía mi prueba!

Pero mi tarea no había terminado, al mirar la escena, me acordé del principio. Del hogar que quise formar, el hogar que las máquinas me habían arrebatado, de mis hijos.

¡Mis hijos! Ellos eran una causa perdida ahora, fui una tonta, tuve miedo, los deje mucho tiempo con él, ellos seguramente fueron convertidos, mis pobres niños, mis amores.

¡No!. Mami está aquí, los esperare. Se como hacerlo, ya se donde buscar, ya no tengo miedo.

¡Debo esperarlos, debo liberarlos, debo salvarlos!

Mami les quitará el chip de sus cabezas...

Fin.



VINDDROM

LA TORRE



Hace mucho tiempo aparecí en esta extraña torre infinita. Se trata de una arquitectura muy antigua y hueca en su interior, cuya estructura se asemeja a la Mezquita de Samarra, contando con una extensa hilera de escaleras que ascienden en forma de espiral hacia una lejana luz que ilumina el lugar.

Desconozco la planta baja, pues un día simplemente de la nada comencé a subirla sin parar, a mi alrededor, el vacío total que todo lo cubre, y abajo, el abismo hacia lo desconocido, y aunque quisiese adentrarme en sus entrañas no podría, pues como si de una barrera invisible se tratase me es imposible volver sobre mis pasos.

Una particularidad de este edificio es que cuenta con una compleja y ornamentada extensión a los costados de las escaleras, una serie de plataformas que recorren el camino, y sobre ellas, una extensa fila de personas mirando la profunda nada, algunas de ellas parecen sumidas en un letargo eterno, y otras, parecen desiertos recipientes pétreos a la espera de ser cenizas.

Un día, por mera curiosidad, decidí asomarme a través de una de las plataformas que no estaban habitadas, un acto valiente teniendo en cuenta mi profundo temor a las alturas, sin embargo, no me golpeó tanto la embriagadora profundidad en sí como lo que esta me devolvió, pues como si de las caricias de la muerte se tratasen, un viento gélido que envió un escalofrío a lo largo de todo mi cuerpo me golpeó al intentar ver la estructura inferior.

Retrocedí súbitamente impresionada por la horrible sensación, pero sin querer en el acto, tropecé con el cuerpo que se hallaba parado inerte a mi lado, sin poder evitar que cayera al vacío como un saco de arena.

“Tené más cuidado nena” me dijo un estoico señor barbudo y harapiento que estaba parado a mi derecha, me miró fijamente con sus ojos negros y todo lo que pude decir fue “perdón”, él simplemente carraspeó y volvió a mirar el abismo sin decir más.

Lejos de volverme loca me acostumbré a este sitio. No he dejado de subir y la luz que cubre el pálido amarillo de la torre sigue tan inalcanzable como siempre, sin embargo, durante el camino me he encontrado con innumerables personas estáticamente vivas, reacias a abandonar su lugar y cuyas miradas reproducen historias sin parar.

He olvidado muchos de esos rostros ya, y actualmente ya no me cruzo tantos ojos despiertos, pero hay alguien a quien aún recuerdo, fue una de las primeras personas con quien hablé cuando aparecí acá hace ya casi 20 años, aún recuerdo perfectamente su rostro.

Era una anciana de dulce mirada, su pelo grisáceo y sedoso le llegaba casi hasta el piso, su cuerpo algo encorvado vestía una especie de camisón bordó bordado con margaritas rojas, al igual que las otras personas, miraba el eterno vacío, pero lejos de verlo vacuamente lo observaba sonriendo con melancolía. Al sentir mis pasos, me dirigió la mirada, algo nuevo en aquel entonces, pues pensaba que estaba rodeada de almas dormidas; detuve mi andar y me dirigí hacia ella, le dije “hola” y me devolvió el saludo, le pregunté qué estaba haciendo parada allí y si no se aburría de mirar siempre a la oscuridad.

“Para nada, no puedo irme todavía porque espero a mi nieto” – me dijo risueñamente.

Me quedé extrañada, pues desde que aparecí he sido la única persona en movimiento, no he visto a nadie más subir las escaleras, sin embargo pensé que simplemente estaría unos pisos más abajo o que capaz habían más personas arriba, más allá de eso, ese fue todo el diálogo que tuvimos. Le deseé suerte con su nieto y se despidió de mi sonriéndome con amabilidad, desde entonces he seguido mi eterno camino.

En otra ocasión vi a un hombre totalmente envuelto con vendas negras, como si fuera una momia, al verme llegar me miró enojado, y sin decir nada volvió a mirar el horizonte desolado.

Sin embargo, un día algo distinto ocurrió, pues a mi lado pasó un muchacho corriendo a toda prisa, era la primera vez que veía a alguien más moverse, así que empecé a seguirlo a través de las escaleras y le grité que por favor se detuviera. Al frenar, volvió su cabeza hacia mí, se trataba de un chico de no más de 18 años, era de contextura fuerte, pelo castaño claro hasta los hombros y remera verde pardo, se disculpó por no verme y me preguntó que hacia aquí, “no se” le respondí, y tampoco era que importase, así que le pregunté a donde iba tan apurado, y me respondió que buscaba a su abuela.

“Tiene que ser ella” pensé para mis adentros recordando a esa señora que vi hace tanto tiempo.

Le dije que la había visto y que lo esperaba, sus ojos se iluminaron y me pidió porfavor que lo lleve con ella, sin embargo había un problema, pues no podíamos retroceder, él me dijo que no importaba, que solo siguiéramos subiendo y así lo hicimos.

Después de una larga, silenciosa e interminable caminata llegamos. Y ahí estaba, igual que cuando la vi, el tiempo había pasado para mí, pero no para ella.

Al vernos sus ojos se iluminaron, y más aún al grito de “¡abuela!” que dio su nieto, a quien recibió con los brazos abiertos, los cuales él correspondió con un cálido abrazo susurrándole “te extraño”.

Pero eso no fue lo único que intercambiaron, ya que por primera vez, ella se movió de la plataforma para bajar a las escaleras y miró por última vez hacia su antiguo lugar, en el que ahora estaba parado un joven inerte y apagado.

Me sonrió al pasar por mi lado y me dijo “adiós”.

Luego la vi descender e irse a aquello desconocido que para mí esta-

-ba prohibido. Cuando ya la perdí de vista seguí mi camino, no sin antes voltearme a ver por última vez a ese joven, que ahora perdido mira hacia la nada.

Cuando retomé mi camino, una serie de preguntas invadieron hasta hoy mi mente.

¿A quién esperará él? ¿A quiénes esperan todos los que están parados acá? ¿Fueron caminantes hace mucho tiempo atrás?

Pero algo me intrigaba más.

¿A quién busco yo? ¿A quién voy a esperar al llegar? ¿Quién me va a hallar? ¿Cuál es ese lugar al que voy a bajar si me han de encontrar?



ABRIL GONZALEZ

UNA CONEJA EN
LA ESQUINA DE
MI MENTE



Ella estaba ahí, sentada al otro lado del vagón, con las piernas juntas y la calma fría de una sombra. Pero, como solía acostumbrar, la joven la ignoró torciendo su mirada hacia una de las ventanas del tren, abrazando con fuerza la mochila que apretaba entre sus brazos y escuchando el crujido de los raíles agolpándose con las voces de los pasajeros.

Cada día era un calco del anterior. Como la buena estudiante de dieces que sus padres y profesores decían que era, se ocupaba en seguir cuidadosamente la rutina de ir a sus clases particulares después del colegio y viajar en tren hasta su casa. Sin tomar desvíos de camino. Sus ojos seguían el nombre de las estaciones y las siluetas empañadas de los edificios, sus movimientos mecánicos nacidos del hábito. Incluso si ella lo hubiese deseado en un repentino arranque de coraje, no conocía ningún lugar especial al que pudiera escapar, su cuerpo era rígido y encogido; sus hombros aplastados en su lugar bajo el peso de una botarga de piel atestada en sueños e ideas ajenos, una con la que la joven decidió silenciosamente convivir, como quien nunca conoció otra cosa.

Pues, es aterrador ser visto por lo que uno es, tras la ilusión de la apariencia.

La joven soltó un suspiro tembloroso y se achicó más sobre sí misma, acurrucándose dentro de su campera grande y harta de bolsillos. De reojo volvió a ver al frente, intentando verificar si ella seguía allí, y en efecto, lo estaba, sentada con las piernas y manos juntas como siempre, mirándole, solo a ella y nada más, con esos ojos vidriosos. Era una coneja blanca, no, una mujer con cabeza de coneja blanca, cuyo cuerpo delgado era ataviado bajo la belleza anacrónica de un vestido negro lleno de volados y adornos de moños y botones. Sus pies de mujer, pequeños y muy juntitos, vestían unos zapatos de charol relucientes. Sus músculos tan inmóviles que parecía una muñeca.

Calmate. Calmate.

Sintiendo un escalofrío removiendo sus tripas, esquivó la atención hasta la punta de sus propios zapatos y se puso a jugar con un hilo suelto que se desprendió de su mochila. Esa tarde se sentía particularmente ansiosa, mientras observaba las sombras dentro del vagón estirarse y contraerse.

No la mirés devuelta.

Pero entonces la coneja se movió y caminó fuera de su asiento con la ligereza de un fantasma, sus zapatos de charol desprendiendo un chasquido sobre el suelo metálico. Tomó asiento a su derecha, pegada, muy pegada a ella, moviendo sus pies en el aire y mirando a la joven con su eterno rostro impreciso, desabrido, mientras retorció su cuello de lado a lado. La fricción de la tela ajena cosquilleó sus oídos. El peso de su cuerpo sobre el propio le asfixiaba. El tacto de sus hombros enfermaba.

La criatura acercó su rostro al suyo y le observó con un escrutinio que le supo invasivo, con esos ojos que no encerraban ningún atisbo de consciencia. No había nada en aquella mirada, sino los esbozos de su propio reflejo.

Poco tiempo después, la joven vio que estaban por arribar a su estación y un grupo de pasajeros se apiñaron en las puertas. Los colores del cielo tras las ventanas se derretían en manchas naranjas y rojizas.

Se levantó entonces e intentó arrastrar sus pies hasta la salida, intentando hacer el menor ruido posible, el menor todo posible. Pasar como un sople de aire. Pero entonces el temblor en sus piernas le hizo tropezar y caer de una manera vergonzosa. Los ojos le lagrimearon un poco y se sintió terrible, un dolor cálido raspando la palma de sus manos. Pero más terrible era la sensación de esos ojos saltones tras su nuca. Fue entonces que se dio cuenta de la rasgadura en su rodilla, un

hilo de sangre escurriéndose hasta mancharle las medias blancas. Bajó el dobladillo de su pollera hasta tapar la mitad de sus piernas, cada movimiento articulado de manera tan lenta y recelosa que dejó de respirar por unos momentos por temor a hacerlo muy brusco. Aunque no se atrevía a ver a la coneja, podía sentir el filo de su mirada queriendo atravesarla, con la impasividad de un depredador que podía oler el miedo.

La joven intentó pensar en cómo desaparecer a través de las puertas antes de que a la criatura se le ocurriera moverse, sin embargo, escuchó el clac de unos zapatos de charol y una sombra oscura se estiró sobre su cabeza, cubriendo su cuerpo como un borrón de tinta negra. La coneja le miró y estiró una mano al frente. No dijo una palabra, aunque nunca decía nada. ¿Tendría siquiera la capacidad de hablar? No quería averiguarlo ahora. Ella solo le observaba con esas pupilas, vidriosas, quieta siempre en las esquinas, en cada uno de sus viajes de regreso a casa. A veces tarareaba una melodía de cuna dentro de sus pesadillas.

La joven presionó sus codos contra el piso, como si quisiera hundirse con él, fundirse fuera de esta situación. Pudo oír entonces un paso y luego otro. Una mirada insidiosa, secretamente hambrienta, vacía como la de una muñeca.

Un alarido gutural se desprendió de su garganta y, perdiendo completamente el hilo de sus acciones, se desplomó sobre esa criatura horrorosa, odiosa, nauseabunda... ¡Cuánto la aborrecía! Cuánto. Pese a que, en ese instante que parecía haber ahogado los sonidos y disuelto los colores del tren, ya ni siquiera recordaba porqué. ¿Acaso eran sus ojos? ¿Esos pozos vacíos y muertos que no conseguía leer?

Enterró sus dedos en ellos y los retorció tratando de borrar esa mirada, de desfigurarla, hasta escupir un denso líquido negro como la brea. Sus manos renegridas se contorsionaron con una desesperación desierta

de razón y sintió sus ojos deshacerse en lágrimas calientes, mientras los sonidos y chillidos de la criatura resonaban amortiguados como si estuvieran bajo el agua.

Un par de lágrimas cayeron, mezclándose con el líquido negro que brotaba de la pequeña boca de corazón de esa coneja, de ese... monstruo que observaba desde las esquinas, como una sombra en el fondo de la mente. La respiración entonces se le atascó en la garganta y tosió sobre ese charco de sangre, o al menos eso presumía era, estrechándose sobre su estómago.

La vista se le nubló y un dolor punzante presionó sus sienes, como si se hubiera golpeado la cabeza. La joven parpadeó varias veces, desarmando las brumas que emborronaban su visión y se camuflaban con el negro derramado en el piso. Los latidos de su corazón palpitaban bajo su piel, tan fuerte que parecían querer calarse a través, cubriendo el resto de las voces y los sonidos. Tomó un respiro y luego otro, calmando su cuerpo tembloroso, sus manos convulsas y frenéticas.

La criatura se volvió arena entre sus dedos y al girarse pudo descubrir a los pasajeros mirándole con horror.



LEONEL ESPINOZA

ESPECULACIÓN DE UN ASESINATO NOCTURNO



Ariel no recuerda con claridad las cosas, solo que vio un líquido acercarse. No pudo moverse para evitar que manche su calzado con ese rojo característico de la sangre. Pero aunque no pudiera dar ningún paso por más que lo intentara, sí podía estirar la vista hasta el origen del espeso líquido que se apoderaba de su suela. Y al ver, no había nada, ni el origen de la sangre, ni la sangre que antes lo manchaba, todo se había ido. Empezó a correr, no había nada, ni norte, ni límite, ni sonido, solo estaba seguro de su forma, pero ni siquiera estaba seguro de si corría, no sabía si avanzaba. El cansancio del sin sentido golpeaba en sus pulmones, en su cabeza y en sus ojos. Se tiró y empezó a llorar, gritaba, pero nada se escuchaba.

Una mano de cadáver lo tocó, no tenía rostro ese esqueleto ni el otro que estaba al lado. Eran enormes, no, él era pequeño, era Ariel, pero en su infancia, cuando esos cadáveres todavía tenían sangre y carne, cuando la piel cubría esos huesos, cuando no habían muerto por su culpa, porque fue caprichose, por querer un regalo de cumpleaños de forma tan insistente que sus padres salieron en la lluvia y nunca más regresaron. Ahora los esqueletos querían abrazarle. Pegó un grito inaudible y corrió con fuerza, alejándose lo más posible de la muerte, pero no de la culpa, porque no iba a perdonarse, ese dolor quedaría en su interior, mudo, pero invadiendo su ser.

Solo huía hasta que se tropezó y gotas de rojo saltaron por el lago de sangre que había perturbado. Se levantó y ahora el rojo hurgaba en su cara, su ojo y más. Viscoso, húmedo, tocaba indeseadamente su cuerpo. Volvió a buscar el origen y frente suyo estaba Sasha, el cuero de Sasha tirado. La desesperanza lo ahogó, su quijada quedó trabada al ver a la persona que más amaba sin vida, pero lo peor era saber que tenía la culpa. Ariel no era más una persona, era un monstruo que reposaba con calma en una piel inocente.

Esa mañana era lo peor. La calma, el silencio, no los soportaba. Puso

la tele para que el espacio de su cuarto no se sintiera vacío. Tocaba su almohada y sus sábanas. Evitaba rozarse a sí mismo, sentía que una viscosidad lo alcanzaría. Ariel solo deseaba un milagro con todas sus fuerzas, pero sabía que eso no serviría, que tenía que seguir avanzando con constancia por su salud. Cuando Sasha volvió a la cama con el desayuno y le dio un abrazo, Ariel deseó ser capaz de recordar que es persona.



BAUTISTA MADERS

EL FINAL



La primera vez que escuché el final, estábamos sentados en silencio. Nos interrumpía el choque de cubiertos, un masticar descuidado, un sí-fón estridente y burbujas que subían, escapando de su entorno; el agua que las rodeaba no podía mantenerlas sometidas, eventualmente escapaban al perder su forma, es inevitable. Las envidiaba.

El rostro de mi padre se mantenía inexpresivo como siempre, pero su mirada se perdía en el plato, hipnotizada por eternos espirales de tallarines, que intentaban evitar ser devorados. Era triste verlo derrotado así, por un cacho de harina y tuco.

Mi hermano estaba furioso, y yo lo envidiaba también. Quién pudiera sentir algo. Miraba la mesa con el ceño fruncido, los dientes apretados y clavándose las uñas en las palmas, ví un hilo de sangre.

Yo? No importo realmente, y estoy acostumbrado a estar así. Si cuando acabe la facultad no voy a conseguir laburo, si dejo la carrera soy un fracaso. En 5 años se prende fuego todo y voy a estar solo, después de esto incluso más solo. Y mirá en lo que pienso, acabamos de perderlo casi todo y yo me compadezco de mí mismo.

Mi hermanó se paró de repente, empujando la silla con brusquedad. Los platos tintinearón. Agarró su vaso vacío y lo contempló un instante, para luego reventarlo contra el piso. El estruendo sonó fuertísimo, como si mi cabeza fuera el vaso y me la acabaran de estampar contra el suelo. Los diminutos cristales se esparcieron hacia todos lados. Nadie dijo nada. Bajamos la vista. Mi hermano se fue.

Hace horas que no estabas, y ya tenía miedo de olvidarte.

En el silencio nocturno contemplé los fragmentos de vidrio. Me parecía sentir algo nuevo en mis oídos, un eco del estallido, si apenas perceptible. Elijo hacer caso omiso, como siempre. Ya va a mejorar. Recogí mi plato, mi vaso y mi cubierto y los puse para lavar. Mi viejo seguía con la vista perdida. Le dediqué una última mirada antes de me-

-terme a mi cuarto, que él se encargue de los vidrios. No me corresponde.

Luego de usar mi computadora me fui a acostar, y recién ahí escuché a mi viejo juntar los retazos. Dejó la luz prendida, seguro se quedó ahí sentado toda la noche. Antes de dormirme me percaté de que ahora también escuchaba, muy bajito y bien al fondo, el sonido de mi computadora.

Al poco tiempo hice las paces con el final, era algo de lo que no podía escaparme. Después de mi primer colectivo, cuando al fin volví a cursar, me acompañó el rugido del motor. Luego de la clase, se sumó la irritante frecuencia aguda del deslizar de una silla. Volviendo a casa me llevé conmigo un largo bocinazo.

Ya no es imperceptible, claramente está ahí. Cuando me siento en mi habitación lo escucho perfectamente. Se nutre y asimila el ladrido de aquel perro, el crujir del pan en mi boca. Y peor luego de pasar por la cocina y ver el grifo gotear sobre la pila de platos y ollas que nadie se digna a lavar.

Tic Tic Tic. Este suena más fuerte, y solo en el oído derecho.

Tuc Tuc Tuc. El teclado mecánico solo me taladra el izquierdo.

El fin es el vecino taladrando la pared, es un tren frenando de a poco y a lo lejos. Me da miedo la sierra fija del carnicero, una tiza sobre el pizarrón.

Por supuesto que no le cuento a nadie, ¿que van a hacer? ¿no tienen suficiente ya con todo? mi hermano es chiquito, mi viejo está en otra.

Ya no quiero pasar las páginas de los apuntes, el roce de las hojas se sumó al fin, y ya es una maraña de ruido. No abro las ventanas porque ya atrapé al sonido de los postigos, al del tanque de agua del frente cuando se recarga, al del camión de la basura, como lo odio.

Veo a mi hermano parado en mi puerta, me habla pero no lo escucho, lo avasalla el fin. Creo que está llorando.

Salgo por última vez a buscar comida, ya no distingo qué es mi entorno y qué es el fin, si el chillido del cuchillo contra el plato al cortar la carne es real o está en mis oídos, o si estos fósforos son silenciosos al prenderse.

Mi viejo me grita, creo. Agita las manos y me señala, pero no me mira. Tiene la vista fija en la puerta, como si esperara que volviera, así como si nada. Sus labios emiten estática.

El fin suena y suena retorcido, como un huracán de pensamientos y sentidos. Extraño el canto de los grillos, extraño el roce de mis pies contra la calle de tierra, extraño escucharlos discutir bajito en el comedor, creyendo que no podemos oírlos, extraño el aleteo del ventilador, el crujir de mi silla, extraño sus buenas noches.

Salgo de mi habitación por primera vez en ¿días? ¿semanas? que se yo. Hoy no hay nadie en la casa. Camino como puedo hasta la pieza de mis padres, y movido por un impulso que no reconozco, saco el cesto donde estaba su kit de tejido a crochet.

Tomo una de las enormes agujas y la sostengo horizontal a mi cabeza. Respiro fuerte y tenso todo mi cuerpo. Con la primer estocada le erro al oído y me perforo la oreja, la sangre que brota hace que sea difícil sostenerla. Esta vez uso las dos manos. Con la primer inserción caigo al piso, mi tímpano destrozado me hace vomitar bilis. Pero no puedo parar ahora. Temblando vuelvo a asir la aguja, y logro ponerme a gatas, apunto con mi lado atravesado hacia el suelo, tomo impulso, salto y estrello mi cabeza de costado.

Y al fin, silencio.

Un silencio grande, tibio, ni bueno ni malo, natural y honesto, parece eterno.

Pero ahí, rompiendo la cobardía y la indiferencia, escucho tu voz.

-Hola.

Cómo te extrañaba.



ANÓNIMO

MI OSCURIDAD



Mi Oscuridad - Anónimo

Te pensé otra vez...

Soy esa persona que camina por las noches con una capucha negra y zapatos color oliva.

Sobre una noche de lluvia de Octubre.

Una obsesión se volvió un suspiro.

No dejo de llorar porque mi rostro sangra y duele de tanta fealdad.

Soy yo otra vez, la persona que te habla por chat y que no temes amar.

Quizás sea mi segundo enamoramiento, ahora mi única ilusión.

Me contaste sobre tu soledad y la necesidad de dejar el mundo.

No puedo dejar de llorar porque me importas y quiero cuidarte. Pero otra vez me veo al espejo y soy un monstruo .

Es imposible mostrar mi rostro, otra vez mi cámara está apagada.

Era una madrugada de domingo,

Estaba cubierta por una mantas, mientras viajaba en un micro a un pueblo llamado Mil Almas.

Al llegar al pueblo, hice camino sobre esas casas abandonadas.

Detrás de una feria cerrada, paso un hombre que sacaba fotos a vías abandonadas.

Miró mi silueta y su mirada quedó intacta

Lo escuché decir - Te conozco!!

Gritaste - Sos Mon !?

me paralice..

Eras vos!!

Estaba vestida igual a mi diminuta foto de perfil.

Gritaste, Se qué eres tú! Quiero verte! Es imposible, no te vayas!!!
Empecé a correr por el campo, mientras me perseguías.

No estoy lista!!

Entre a una municipalidad abandonada, me encerré en un cuarto olvidado , me abrace y tire al suelo.

Estabas llamándome desde afuera, pasaron las horas y no quería salir.
Nadie y menos vos debería ver demasiada desgracia..

Pasaron los días y estaba hundida en mi oscuridad y mi negación.
Ya no tenía fuerzas para seguir viviendo de tanta depresión
Eras todo y yo nada
Esa noche descubrí que mi vida era un sufrimiento,
Abraze mis suspiros sobre la oscuridad
Abraze el suelo podrido de humedad, mohoo
y descubrí el final, Mi muerte.



VINDDROM

NATOTARE



Llegué a una selva muy oscura en el medio de una isla con un volcán. En el centro de la misma, se encuentra un asentamiento con varias carpas y una casona de estilo colonial habitada por la líder del lugar, Estefanía, una señora de ascendencia española y asiática.

Hace tiempo recluté a un grupo de personas con la promesa de encontrar la paz interior, y actualmente son una de las organizaciones más poderosas y exclusivas del mundo. El lugar está habitado por aprendices, monjes y un rango superior muy reducido. La selva es generosa, está llena de flores de todos los tipos y colores, animales exóticos y un paisaje enviable, sin embargo, es el infierno, tanto, que el único destino del que es digna, es el de ser consumida por la lava ardiente que se encuentra en las entrañas del volcán durmiente.

Llegué bajo la promesa de alcanzar la paz y el saber universal. Sin embargo, ahora estoy atrapada aquí en contra de mi voluntad. De haber sabido la horrible verdad, me habría quedado en la categoría de aprendiz. No es como si fuera lo más grato, pero es la opción menos cruel.

La organización se rige por 3 rangos, además de el de líder, que le corresponde a Estefanía.

El rango de principiante o aprendiz es el más tranquilo de los tres. Lo más extremo en este escalón es el ritual de iniciación, donde nos hacen tomar un brebaje compuesto por hongos, sangre de jabalí, hierbas y naranjas. Este tiene la finalidad de “purificar la sangre y el alma”. Quienes lo resisten nos ganamos el “honor” de ser parte de la selva, y quienes no, tienen la suerte de morir. Aquellos que sobrevivimos a los colaterales efectos del líquido somos destinados a ser la servidumbre, o más bien, la mano de obra esclava. Despojados de cualquier trato digno y humano, debemos cuidarnos entre nosotros. Aquellos desafortunados que quedan solos se encuentran a merced de las perversidades de aquellos que están en la elite, los del segundo rango, los monjes.

El rango de monje es el intermedio. Tienen funciones más académicas, similares a las de los monjes del Medioevo, con un enfoque muy teológico y dedicado a la alquimia.

Si bien son el sector más privilegiado, deben someterse a una serie de dogmas que por nada en el mundo deben romper: ayunos de 24 horas, dos veces a la semana; baños en agua fría; cazar jabalíes para preparar las infusiones; fabricar armas; autolesiones; torturar a los aprendices que cometen errores; comer insectos y, por encima de todo, vender sus almas a la voluntad y caprichos de Estefanía. Quien puede hacer de ellos lo que quiera, entiéndase por ello, cuantas cosas buenas y malas puedan ser concebidas por la mente humana.

Los aprendices se someten a la voluntad de los monjes, pero sus personalidades son variadas entre sí. Más no es variada la personalidad cruel y despiadada de Estefanía, a quien se somete la voluntad de estos pobres desdichados que cambiaron la poca autonomía que les quedaba para ser el objeto de una tirana cruel.

El primer rango es el más extremo de todos y corresponde a los monjes más devotos. Sumado a todo lo anterior, deben someterse a pruebas aún más horribles, como sobrevivir a ser arrojados por un acantilado, someterse a un sinfín de pruebas físicas, aguantar la respiración bajo el agua durante media hora, humillarse de las formas más decadentes jamás vistas, entre otras cosas que exceden la más retorcida imaginación, primando la tortura mental más cruel jamás vista por sobre la física. Claro está, que la gran mayoría muere o enloquece en las pruebas.

Como soy novata, estoy en la tercera categoría. Sin embargo, eso no impidió que la vieja un día, por puro capricho, me tirara del acantilado hacia el agua, haciendo que me rompa la pierna contra unas piedras filosas en el proceso. Afortunada o desafortunadamente, fui salvada por uno de los monjes perteneciente a la primera categoría. Me llevó con él a la casona de Estefanía, quien nos esperaba con un grupo de otros cinco mon-

-jes de alto rango y un juego lujoso de té en una mesita. Comenzó felicitando a los monjes por superar las pruebas, mientras que a mí me miraba con indiferencia, diciendo que “debo ser muy persistente para haber sobrevivido a pesar de todo. Sin embargo, eso no quitaba que sea una floja”.

Acto seguido, saca una hermosa cajita ornamentada con motivos arabescos en cuyo interior se encontraba un anillo con un rubí, que se le otorga al monje que me salvó la vida anteriormente. Lo felicita y le dice que es el “elegido” para alcanzar el nuevo despertar y reunirse con la elite de los iluminados. Por lo que da por iniciada la ceremonia de celebración.

Estaban todos reunidos en la selva, un evento de este tipo no era algo común, así que tenía la total atención de todos. Si no escapaba ese día, estaba condenada. Me mantuve a una distancia prudencial observando aquel evento que jamás saldría de mi mente.

Alrededor de un altar en llamas estaban sentados todos cantando en una lengua desconocida, mientras Estefanía iniciaba la ceremonia.

A este selecto y escaso grupo de personas que alcanzan ese nivel de iluminación se les otorga el nombre de Natotare. Renacen de las entrañas de la oscuridad para fluir en el conocimiento celestial. Poseen una apariencia similar a la de los samuráis y, en este caso, el que me salvó, llevaba un kimono azul oscuro. Tenía rasgos japoneses, el pelo negro y corto, el rostro curtido y bigotes típicos de un maestro samurái. Era un hombre que rondaba por los 35-40 años.

Cuando terminaron de recitar las palabras finales, él se arrodilló y le otorgaron su tan merecido título de Natotare. Se puso de pie y con su katana, se dirigió al volcán.

Todos aullaron y, acto seguido, él procedió a destriparse con su espada en una grotesca escena, mas en ningún momento gritó o derramó una lagrима de dolor.

Cuando sacó hasta el último de sus órganos (y recalco hasta el último), los arrojó a las entrañas del volcán. Su cuerpo también cayó en la lava, pero su alma resurgió y ascendió a los cielos. Algunos lo vieron entre horrorizados y tristes, mientras que otros aplaudieron y gritaron desquiciados.

Lo vi perderse entre las estrellas para no volver jamás a ese infierno.

Porque algo que no les conté es que dejó unas llaves y una nota en el bolsillo de mi pantalón sin que lo notara cuando me salvó. Eran las llaves de una lancha con la cual pude escapar de aquel lugar horrendo. Estuve semanas en el mar hasta que la lancha se quedó sin combustible y fui a dar a un muelle. Al bajar vi que había un pueblo a la distancia, por lo que me apresuré a buscar un teléfono para pedir ayuda y denunciar las atrocidades de la isla.

Pero que ingenua yo, pues al llegar al pueblo no encontré más que cadáveres y lo último que recuerdo fue sentir una punzada en mi cabeza, ahora estoy en un lugar oscuro, rodeada de insectos y huesos, de a poco va aumentando el calor y la lava comienza a filtrarse por la tapa.

Ya recuerdo... nunca escape de la isla en realidad, ni hubo llaves o lanchas, estuve todo este tiempo bajo los efectos del té de Estefanía, la maldita siempre supo que quería escapar.

Ahora soy el sacrificio para la llegada del siguiente Natotare, cocinada junto a la carne y órganos del que intentó salvarme.



ANÓNIMO

EL MONSTRUO



La casa es grande, tiene muchas habitaciones. En una de ellas hay una chica en su cama temblando de miedo y ansiedad.

Porque el monstruo volverá esta noche. Se presenta cada día y la atormenta. No la deja dormir.

Es tan poco el sueño que consigue tener que siempre está entredormida, siempre vacila y va por su vida como si nada fuese real. No es sencillo vivir con dos o tal vez tres horas de sueño por la noche. Todos se preocupan por ella. Demasiado pálida, ojeras tremendamente marcadas en azul violáceo. Le preguntan constantemente si duerme bien, si duerme lo suficiente y ella miente. ¿qué más podría decir? Les diría que no tiene un sueño decente desde sus catorce años, que no puede dormir en su propia habitación, que a pesar de que haya personas en la casa, se siente en una dimensión paralela cuando cierra los ojos intentando caer dormida. Que no puede mover un solo músculo.

La tomarían por loca, la llenarían de pastillas. La pondrían en un coma y entonces ya no tendría salida.

Todo eso pasa por su mente mientras se sube las mantas hasta la barbilla y cierra los ojos porque todavía le quedan esperanzas de que un día el monstruo no se presente, y tal vez un día se vaya para no volver.

Le tiene terror, pero también lo detesta porque juega con ella.

Todo empieza cuando el pequeño chirrido de su puerta le indica que alguien la abre, para ese punto ella ya se encuentra inmovilizada, tensa y negada a abrir los ojos porque siente la presencia. Hay días que el maldito se toma su tiempo y mientras ella aprieta dolorosamente los párpados, él da vueltas por la habitación antes de torturarla. Tal vez ella no vea, pero lo oye todo. Todo.

Desde sus pisadas que se deslizan con burlona lentitud por el suelo, hasta sus respiraciones irregulares, graves. Oye también sus gruñidos espeluznantes.

A veces se acuesta a espaldas de ella y el miedo le pone los pelos de punta, siente un hormigueo doloroso en su columna y la abrumante presencia que detrás de ella la acecha. En días tormentosos, se inclina sobre ella y le respira su aliento putrefacto en su cara... y en el peor de los casos, hay noches horribles en que entra, trepa por su cama clavándole las garras tajantes en el cuerpo y se sienta sobre su pecho robándole todo el aire. Esas noches son las más difíciles porque las pasa intentando respirar, inmóvil y se le hace casi imposible resistir la tentación de abrir los ojos y finalmente verlo.

Le ha buscado apariencias por meses, buscó dibujos de gente que asegura haber pasado por lo mismo y se le acelera el corazón al pensar que una de esas horribles cosas que otros ilustran la acechan.

Le tiene miedo, pero lo odia con fuerza por llenarla de terrores, por volverla asustadiza y atontada incluso de día. Lo aborrece porque por su culpa se sobresalta ante el mínimo roce o contacto.

Y es todo eso lo que pasa por su cabeza cuando se termina de arrojar y apaga su luz de noche. Ya lo ha intentado todo: dormir con música, con o sin luz, incluso pastillas y tés caseros somníferos y aun así él siempre viene.

No la deja en invierno, primavera, verano u otoño. No la deja en paz noches lluviosas o despejadas. Él siempre viene, sin importar qué. Y ya se cansó.

Esta noche será diferente se promete, voy a pelear porque no puedo pasar otra noche así, se dice.

Cierra los ojos y lo espera, temblorosa, pero con convicción. De a poco sus temblores cesan, se calman sus erráticas respiraciones y de a poco se deja ir en el breve momento, la delgada línea entre estar despierta y la inconsciencia. Los minutos pasan.

Un estruendoso trueno la sobresalta y se da cuenta de que ya inició la repetitiva pesadilla. No puede mover sus extremidades, no puede gritar (Dios sabe que lo ha intentado antes), su mandíbula está dolorosamente tensa y lo único que puede controlar a voluntad son sus párpados los cuales se ha negado a abrir desde el inicio de estas tortuosas noches.

Una tormenta estalla afuera, pero lo que le llama la atención es el suave chirrido de su puerta. Alguien la abre, entra y la cierra. No. Alguien no. El monstruo.

Ella es incapaz de controlar el miedo, sus respiraciones se agitan. El monstruo sabe que le teme, sabe que lo odia y se presenta cada noche. Hoy se toma su maldito tiempo, ella escucha el arrastre de sus pies, deambulando por la habitación. Lo oye respirar.

Y de repente siente peso en sus pies. Se subió a la cama. El peso avanza por su cuerpo, lento casi perezoso. Y con la última respiración que puede tomar, el peso cae en su pecho.

Se ahoga, no puede abrir la boca ni para conseguir un soplo de aire. Lo que antes era seguridad y convicción de enfrentarlo, ahora era terror en su estado puro.

Tenía miedo de asfixiarse, tenía miedo de que le clave las afiladas garras en sus ojos, tenía miedo de que le arranque la garganta por su cuello expuesto de una mordida y la dejara ahogándose con su sangre.

El monstruo la contemplaba, ella no podía ver, pero lo sabía.

Vamos, Tamy, se dijo. Es ahora o nunca.

Y con el corazón latiéndole a mil por hora y la bilis a punto de subirle por el esófago, abrió los ojos.

Por primera vez desde los catorce, desde que comenzó todo, Tamara abrió los ojos.

Ojos rojos le devolvieron la mirada por un segundo, y un parpadeo después, desaparecieron.

Tamara se encuentra en su cama, sin rastros del monstruo. Se sienta, mirando confusa en todas direcciones.

Hay una chica de unos quince años en la esquina de su habitación. Nunca la había visto, pero sabe que ella es la bestia. Esta segura.

La chica sonrío sin más, es bonita. Le dice:

-Hasta que, por fin despiertas, cobarde.

- ¿Quién...?

-No soy el monstruo que buscas, Tamara. Bueno, no exactamente.

Y entonces la niña comienza su horrible relato:

-Desde que tienes catorce tu padrastro ha entrado a tu habitación por las noches. Al principio te miraba mientras se tocaba. Babeaba sobre tu imagen apretando su flácido pene –dice sin emociones en el rostro.

Tamara comienza a temblar con asco, con miedo, con nauseas, todo junto.

-Luego empezó a acercarse más a tu cama, y empezó a oler tu cabello, tu cuello y entre tus piernas. Y ahora está contando los minutos para que se hagan las dos de la mañana y venir a tu habitación a chuparte las tetas y profanarte.

Lágrimas rodaban por los ojos de Tamara, que sólo acertó a preguntar: ¿cómo lo sabes?

-Porque me lo ha hecho a mí -contesto Danika, el nombre de la chica que Tamy nunca preguntaría-, me lo hizo hasta que un día desperté y lo vi. Luego me asfixio con mi propia almohada y se salió con la suya.

- ¿Por qué me atormentas a mí? -preguntó la que estaba viva de las dos.

-Porque no puedo actuar por venganza, pero sí por protección –dice, y sus ojos destellan en rojo. Dejando entrever la forma que tomaba cuando la visitaba cada noche-. No puedo creer que te tardaras tanto en mirarme, ya no sabía cómo llamar tu atención. No puedo hablar en esa forma, sólo necesitaba que me miraras.

- ¿Puedes matarlo? -preguntó Tamara.

La chica sonrió, y la maldad cubrió su rostro.

-Pídelo.

Se miraron intensamente.

-Eres una perra por asustarme tanto tiempo, cada noche –Danika sonrió, y Tamy se la devolvió-. Mátalo.

La noche posterior, el padrastro perverso de Tamara murió mientras

dormía, se creyó que un infarto fulminante, pero la verdad es que una terrorífica criatura con sed de sangre, de su sangre, lo visitó. Y se sentó en su pecho hasta que el asqueroso hombre dejó de respirar para siempre.

Esa mañana, antes de que hallaran su cadáver, Tamara bajó tranquilamente las escaleras y la mujer que limpiaba su casa le sonrió sorprendida.

-Tamy, te ves alegre.

-Tuve una noche de sueño reparador -contestó.

FIN.





NAHUEL BENITEZ

ABRIL GONZALEZ

LEONEL ESPINOZA

BAUTISTA MADERS

VINDDROM

ANÓNIMO